

Domingo XXVIII del TO
Ciclo B



13 de octubre de 2024

Sab 7, 7-11

Sal 89

Heb 4, 12-13

Mc 10, 17-30

P. Eduardo Suanzes, msps

Este rico conoce bien la Torah, la Ley de Moisés («*todo eso lo he guardado desde mi juventud*»), pero no quiere ir más allá.

Jesús aparece entonces abriéndole a una dimensión más amplia, la del amor (que, como tal, nunca es debido, sino que es donación). Marcos resalta que Jesús «*le amó*», es decir, le mostró-donó su ser amor para que él también se abriera al amor, al ser de verdad. Para «ser» —diríamos hoy— te falta desapegarte del «tener», porque el tener te impide ser. ¿Y cómo se es? En-con los otros. No sólo con los próximos, sino con todos, incluidos los extraños, aquellos que nunca han entrado dentro de mi ámbito, de mi pensamiento o de mi visión de la vida: los pobres indeseables (¿quién desea la pobreza?).

Pero la respuesta de Jesús no se la esperaba este rico y le desagrada, pues «*frunció el ceño*», que es como decir...«—pero ¿qué te pasa?». Y luego se marcha triste. La causa de estas dos razones solo es una: que es rico, dice Marcos. Tiene que elegir entre el amor a la humanidad y el amor a sus posesiones, pero es esclavo de ellas. El amor de Jesús podría darle la fuerza necesaria para la opción, pero no tiene en cuenta o no aprecia la promesa de Jesús, y la renuncia le parece puramente negativa.

Aunque personalmente no ha sido injusto, este hombre está implicado, por su riqueza, en la injusticia de la sociedad. Su amor a los demás es relativo, no llega al nivel requerido para seguir a Jesús. No está dispuesto a trabajar por un cambio social, por una sociedad justa; con la antigua le basta. Tenía que optar entre el amor a la humanidad y el amor a la riqueza. Prefiere el dinero al bien del hombre. Tampoco aspira a la plenitud humana.

Ante el rechazo de su invitación, Jesús no insiste ni dirige al hombre ningún reproche; respeta su decisión.

Jesús, entonces, enuncia un principio general («*¡Qué difícil es...!*», etc.!). No excluye del todo la posibilidad de que un rico entre en el reino de Dios, pero ésta es muy exigua; la esclavitud de la riqueza es muy fuerte y para los ricos la opción es muy difícil, pues no quieren renunciar a la seguridad que da el dinero.

Jesús no pretende solamente que el hombre pueda superar la muerte, sino que exista una sociedad nueva que ayude a cada uno a alcanzar la plenitud humana. No entrar en el reino de Dios significa, pues, excluirse de la comunidad de Jesús, primicia de la nueva sociedad, y de la vida que Dios comunica con su Espíritu y que abre la puerta a la plenitud.

Entonces se muestra la actitud de los discípulos ante el dinero. Quedan desconcertados por las afirmaciones de Jesús, manifestando así que siguen profesando las categorías del judaísmo. Les

habría parecido natural que Jesús admitiese al rico en el grupo; no entienden la exigencia de ser últimos de todos.

Muestran también no haber entendido la clase de salvación que Jesús propone: *«el que pierda su vida... la salvará»*¹; para ellos, la salvación consiste en conservar la vida, asegurando la subsistencia mediante la riqueza. No aspiran a una sociedad nueva. No ven la novedad de Jesús.

Expresado en lenguaje actual, entienden que el reino de Dios, ese ser amor dado e incondicional más allá de los intereses del ego, es incompatible con el afán de supervivencia humana, donde la riqueza y las cosas garantizan la pervivencia del yo; y saben también que la atracción de la seguridad y el placer que el dinero y las cosas aportan al ego es tan grande que ningún ser humano puede resistirse a esa pulsión (y ahí está la historia de la humanidad para mostrarlo).

Jesús no se retracta de lo que ha dicho, pero, para hacer comprender a los discípulos que sus exigencias, aunque parezcan duras, nacen del amor, los llama cariñosamente *«hijos»*. Insiste Jesús en la misma idea de antes, aunque añade un matiz: el rico no sólo tiene riquezas, sino que confía en ellas, cree que son el mejor medio de asegurar la propia existencia. Con una frase hiperbólica, *«más fácil es que un camello pase...»*, acentúa Jesús la práctica imposibilidad de que un rico renuncie a la seguridad que le da su riqueza para entrar en su comunidad (el reino de Dios) y contribuir a la creación de una sociedad nueva.

Ante la perplejidad de los apóstoles que ven imposible la realización humana sin el «tener», la respuesta de Jesús abre otra posibilidad: *«Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.»*. Es decir, quizás el hombre con sus solas fuerzas mentales (egóicas) no puede vencer el afán de supervivencia de su yo, su apego a esa forma de vida material-temporal que el dinero y las cosas garantizan. Pero, para superar esa dependencia, hace su irrupción la fe. La fe aquí no es apelar a un Dios todopoderoso para que, desde fuera, obre mágicamente el prodigio de liberar al hombre de sus pulsiones y apegos. No. Ni Dios es así ni eso va a pasar. La fe estriba en abrirse a un ámbito que trasciende lo material-temporal, que mira más allá de la seguridad inmediata, y que abre a nuevas dimensiones de concebir la vida y de vivir. Esa fe, ese abrirse, comporta fuerza y luz capaz de iluminar un modo diferente el vivir. Y eso no está fuera del hombre, sino a su alcance, porque todo hombre es-en-Dios.

Pedro se vuelve a hacer presente, como representante del grupo, afirmando que ellos han cumplido las condiciones de Jesús. En realidad esta intervención de Pedro es un desafío a Jesús y Pedro espera una aclaración, una respuesta. Jesús responde en forma general: los discípulos verán en qué situación están. La declaración de Jesús se enuncia en forma negativa (*«No hay ninguno que»*), de modo que no admite excepciones.

La declaración final de Jesús ante la insistencia de Pedro les muestra que el seguidor no debe aspirar solamente a «obtener vida definitiva», sino también a crear en este mundo una nueva relación humana de solidaridad, una sociedad donde el compartir sea la norma y la riqueza común.

¹ 8,35b